

DC203

N67

v.1

t.4



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

156550

HISTORIA
DE
NAPOLEON.

LIBRO DECIMOCUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

NUEVOS PROYECTOS DE NAPOLEON. — CONCORDATO DE FONTAINEBLEAU. — NEGOCIOS DE PRUSIA. — DE AUSTRIA. — MARIA LUISA REGENTA. — NAPOLEON SALE PARA MAGUNCIA.

(1813)

En llegando á las Tullerías, Napoleon dió algunas horas de la noche á los tiernos afectos de familia, se dejó ver á los cortesanos, á sus ministros y á los varios cuerpos del Estado, con la serenidad de una alma firme y superior

TOMO IV.

I

á los golpes de la fortuna. Todos los corazones estaban llenos todavía de la funesta impresion del boletin de Malodezono (el 29°), tan cierto, pero mucho mas terrible que los de las batallas de Eylau y de Essling, borrados por las brillantes victorias de Friedland y de Wagram. Napoleon pudo leer sobre todos los semblantes el efecto que habia producido la relacion de nuestro desastre, y no procuró ocultar nada. Confesó francamente la inmensidad del mal, y dió el ejemplo de la constancia impertérrita que domina á un dolor profundo. Antes de dar esta primera audiencia, habia adoptado ya, con su ministro de la guerra, los medios de volver á formar un ejército con todo lo que se necesitaba, y en seguida llamó á los demas ministros para conocer á fondo el estado interior del pais. Entre los objetos que se discutieron en su presencia, ninguno tomó tanto imperio sobre su espíritu como la conspiracion del general Malet, que le sorprendia y le humillaba. Lo que le chocó mas todavía que la misma conspiracion, fue la debilidad del prefecto del Sena; no podia concebir (segun decia) *que el primer magistrado civil se hubiese hecho, de repente y sin*

oposicion ninguna, el agente de una revolucion, en vez de acudir al socorro del hijo y de la muger de su soberano, á quien habia prestado juramento. El dia siguiente contestó á la arenga del senado: «.....Los soldados tímidos y cobardes echan á perder la independencia de las naciones; pero los magistrados pusilánimes destruyen el imperio de las leyes, los derechos del trono, y el orden social. La muerte mas hermosa seria la de un soldado que muere en el campo del honor, si la muerte de un magistrado que perece en la defensa del soberano, del trono y de las leyes no fuese aun mas hermosa.» Despues del senado, Napoleon recibió al consejo de estado, y siempre ocupado de la conducta del prefecto del Sena, acabó su contestacion con estas palabras notables: «...El consejo de estado de un grande imperio debe unir á estos principios un valor á toda prueba, siguiendo el ejemplo de los presidentes Harlay y Molé, y estar siempre pronto á morir en la defensa del trono y de las leyes.» El prefecto del Sena fue juzgado por sus pares, los individuos del consejo, y destituido por un decreto. Si la probidad, el honor y los bue-

nos servicios hubiesen podido lograr el perdón de una falta tan grande, M. Frochot no hubiera sido castigado; pero la política pedía un ejemplo. Durante el curso de la indagación la más severa sobre este asunto, Napoleón habló del modo siguiente: « La revolución vive » aun; mi dinastía no se ha arraigado entre los individuos de mi consejo. » Si no hubiese querido encubrir las descubiertas hechas, parte del senado, donde Malet tenía ramificaciones, se hubiese hallado comprometida. Calló con intento y sin perder de vista á sus enemigos ocultos, y les dió á conocer con palabras públicas, cuyo sentido ellos solos pudieron entender, que sabía todos los misterios de su conducta durante su ausencia, dejando para otro tiempo remediar el mal; así es que dejó en el primer cuerpo de la nación un germen fatal que se desenvolvió algunos meses más tarde. La conspiración de Malet despertó en el corazón de Napoleón los recelos de la revolución, y le incitó á ponerla otras barreras, y á reforzar con nuevos juramentos el dogma del derecho hereditario.

El Emperador desplegó una actividad prodigiosa que recordó á los Franceses las crea-

ciones milagrosas de la época consular; parecía que la desgracia que Napoleón acababa de experimentar le hubiese dado todavía más recursos y más energía. Multiplicaba las juntas, y todas las presidía, tomando simultáneamente las disposiciones las más acertadas, militares, políticas, civiles y administrativas; y por las noches, cuando los individuos de su gobierno tomaban algún descanso, se entregaba á su ingenio y le pedía los medios de salvar la patria. Apenas se dejaba distraer por los afectos paternales, consagrando unos cortísimos instantes al hijo heredero de tanta gloria y depositario de tantas esperanzas.

Entretanto, Napoleón recibía diariamente noticias poco lisonjeras de sus negocios en el Norte. Pero en España, el vencedor de Salamanca, no habiendo sabido aprovecharse de su victoria, se vió detenido con todo su ejército por el castillo de Burgos, y el rey José habiendo tomado la ofensiva, volvió á ocupar su capital y obligó á Wellington á retirarse á Portugal. Burgos, Valladolid, Madrid, el reino de Valencia, el Aragón, y la Cataluña estaban en nuestro poder; doscientos y setenta mil soldados, guardaban aun nuestra conquista y

se quedaron en la Península. Napoleon se contentó con sacar ciento y cincuenta cuadros de batallones, compuestos de oficiales y sub-oficiales antiguos, para dirigir en los combates á los jóvenes conscriptos de 1813, que habia llamado con prevision al momento de entrar en las llanuras de Moscú. Con este refuerzo, con las cien cohortes de guardias nacionales, organizadas antes que empezase la campaña de Rusia, cuarenta mil artilleros de marina, que fueron aplicados al servicio de tierra, y con las tropas sacadas de Italia, pudo formar un ejército de trescientos mil hombres, sobre el Elba, el Rhin y el Mein; igual número de soldados, sobre poco mas ó menos, ocupaba la España, y Eugenio, á la cabeza de fuerzas imponentes, conservaba la Italia. Esta situacion prueba evidentemente que la España fue la verdadera causa de la caida de Napoleon. En efecto, en juntando sus legiones del Mediodia con las del Norte es indudable que hubiera dictado la paz á sus enemigos, y el Austria se hubiera mantenido fiel á su alianza.

Luego que Napoleon recibió la noticia de la defeccion de la Prusia y de sus resul-

tados, vió que le faltaban medios de resistencia, y no titubeó en pedir al senado, ó por mejor decir, á la nacion, cien mil hombres de las cohortes, otros cien mil de las conscripciones de los cuatro años anteriores, y ciento y cincuenta mil sobre la conscripcion de 1814. Todo fue decretado por el senado y concedido por la Francia. Los ciudadanos, los cuerpos de justicia, las corporaciones, las ciudades, todo el mundo en fin compitió para manifestar su celo en tan grande circunstancia; el amor á la patria, el sentimiento del honor nacional, el legítimo orgullo de veinte años de gloria y la adhesion á Napoleon, caracterizaron la conducta de los Franceses. Hicieron, con su entusiasmo acostumbrado, los mayores sacrificios; pero faltó el fermento de la libertad que crea prodigios para conservar los imperios, y el concurso activo de la nacion, que, pocos años antes, sublevada toda entera por sus representantes, contribuyó, no menos que su millon de soldados, al triunfo de la República. En efecto, fue la nacion armada que los reyes desesperaron de someter, y se humillaron delante de ella hasta pedirle la paz y su alianza. El ingenio de un hombre

por grande que fuese, no podia ser de tanto peso como la misma Francia en la balanza de sus destinos. Acaso Napolon no juzgó necesario valerse de la fuerza popular, ó quizás no se atrevió á poner en movimiento un instrumento tan temible. Esta falta que procedia de un error de juicio, era decisiva contra él; puesto que no podia salvarse sino por la nacion y con la nacion de la coalicion universal que la Inglaterra habia logrado formar. Puede ser que el espíritu de que parecian animados los pueblos sometidos á su poder contribuyese á engañarle, viendo que solicitaban el honor de asociarse á nuestros peligros, manifestando una adhesion fundada sobre las ventajas civiles que les habia proporcionado la incorporacion al imperio frances, y sobre todo el sistema de igualdad política.

Napoleon, al paso que hacia los mayores preparativos de guerra, no descuidaba las negociaciones; pero habia pasado el tiempo en que nuestras armas, tan temidas antes del combate como despues de la victoria, contaban á nuestros aliados en su deber, é imponian un pronto castigo al enemigo desleal ó imprudente. Al recibir la noticia de nuestro

desastre, el Austria estuvo para declararse contra Napoleon; pero, viéndole en las Tullerías, tuvo por conveniente temporizar, y despachó á Paris al conde de Bubna con una mision aparentemente pacífica, y muy hostil en realidad, que no engañó á la opinion pública. Napoleon solo se dejó engañar con las protestaciones del embajador de su suegro, y proclamó él mismo la union inalterable de la Francia con el Austria. Esta potencia se hizo mediadora de la paz; pero declarada ya en el fondo de su corazon contra nosotros, no tardó en aprovechar los acontecimientos para manifestar sus verdaderos sentimientos. Napoleon hubiera debido preveerlo al momento mismo en que supo la defeccion de los Prusianos, que hemos referido en el libro anterior, por no interrumpir antes de su desenlace, el gran drama de la expedicion de Rusia.

Entre las negociaciones que llamaban toda la atencion de Napoleon, una de las mas importantes, era el concordato de 1813, por el interes que tenia en ahogar todas las disensiones interiores en Francia y en Italia, y en todos los paises agregados al imperio. El verdadero motivo de todas las desavenencias en-

tre Napoleon y el Sumo Pontífice , no era la expedicion de las bulas en tres ó seis meses para los obispos recientemente nombrados, sino la separacion definitiva de la autoridad espiritual de la temporal. La elevacion extraordinaria de la autoridad religiosa del Papa, su preeminencia sobre las diversas comuniones de la Europa, compensaban este sacrificio, y el medio hallado por Napoleon de utilizar esta última combinacion, para la ejecucion del plan que tenia de reorganizar la vieja Europa, era el establecimiento de la Santa Sede en el palacio metropolitano de la ciudad de Paris, que habia de ser la capital del mundo cristiano.

El proyecto formado por los Ingleses, de apoderarse de la persona de Pio VII en Savona, habia determinado su traslacion á Fontainebleau, donde S. S. tenia su corte con todos los honores de la magestad soberana, rodeado de un sin fin de prelados italianos y franceses. Las negociaciones volvieron á entablarse, y estaban para concluirse, cuando Napoleon llegó inopinadamente á Fontainebleau el 19 de enero. Su llegada conmovió al Sumo Pontífice. Desde las primeras palabras,

todo lo pasado quedó olvidado, como entre personas que profesaban una para con otra un afecto mútuo. El día siguiente, el Papa pagó la visita al Emperador. En una sola conferencia, llena de atenciones y de testimonios recíprocos de confianza, se abrió y cerró la negociacion. Pio VII, no pudiendo lograr que se le devolviese Roma, y no queriendo admitir la residencia en Paris, prefirió ir á Aviñon y prometió dar las bulas á los nuevos obispos, ó en su defecto, autorizó á los metropolitanos para que se las diesen, seis meses despues de hecha la notificacion del nombramiento á la Santa Sede. En esta primera conferencia, el mismo Napoleon dictó el concordato, que fue sometido al exámen de los consejos de las dos altas partes contratantes, para ser redactado en forma de ley y de tratado. El 25, el Papa, despues de haber empleado cuatro días en el exámen, vino en persona á traer el concordato con cierta solemnidad, en el salon de la Emperatriz donde estaban reunidas las dos cortes, y ambos soberanos firmaron el tratado. El 27, el Emperador volvió á Paris. El 15 de febrero se publicó el concordato como ley del Estado. Antes de salir de Fontaine-

bleau, Napoleon colmó de gracias y de distinciones de toda clase, á los individuos de la corte pontifical, y previno los deseos del Papa, levantando el destierro de los catorce cardenales que no habian querido asistir al matrimonio de Maria Luisa. Pero, iniciados, durante su dispersion, en los secretos de la conspiracion del Norte, y fieles á todas las doctrinas usurpadoras de la corte romana, el primer uso que hicieron de su libertad, fue volverla contra Napoleon, llenando de temor y de remordimientos el alma timorata del Santo Padre. El 23 de marzo, despreciando los juramentos los mas solemnes, obtuvieron del venerable anciano, ó, por mejor decir, le arrancaron un verdadero perjurio. Los intereses temporales fueron mas poderosos que los de la religion llamada por Napoleon á la conquista de la Europa entera, y el mas virtuoso de los pontífices, que, entregado á sus propias inspiraciones, hubiera derramado toda su sangre para establecer el imperio del evangelio sobre la faz de la tierra entera, prefirió la posesion de Roma á la esperanza de ver la fé cristiana regir á todo el mundo civilizado. Napoleon, cuando leyó el breve por el cual el

Papa exponia los motivos de su retractacion, acordándose de la generosidad que le habia hecho olvidarse de todas las tramas y de las perfidias de la Santa Sede durante las guerras de la República en Italia, y en la campaña de Wagram; experimentó la mas justa y la mas viva indignacion. El mismo dia en que recibió este breve (el 25 de marzo), contestó con un decreto que substituia el metropolitano al Sumo Pontífice, y mandó ejecutar el concordato en todo el imperio.

Esta gran negociacion, echada á perder tan pronto como acabada, no hacia presagiar nada bueno con respecto á las demas potencias de Europa. En efecto, una nueva conjuracion las unia ya todas contra Napoleon, y se estaban preparando á violar, no solo todas las leyes de civilizacion, sino tambien los pactos los mas sagrados, encubriendo esta resolucion con la mayor perfidia, siguiendo el primer ejemplo dado por la Prusia, que estaba tomando empeños con la Inglaterra, la Rusia y el Austria, mientras que sus soldados peleaban entre nuestras filas. Existian en aquel pais dos gobiernos diferentes; el primero, representado por el rey, parecia seguir con leal-